

Fernando BOUZA
Universidad Complutense

*A Concha Lois, que me enseñó
a alegrarme en repertorios y en listas*

«Para conocer mejor a santa Teresa en sus libros, dos cosas se deben advertir. La primera la escritura. La segunda lo escrito. Aquélla se puede llamar la materia, porque es el cuerpo: i ésta como más principal es la forma i alma destes libros». Para alcanzar una «Noticia general de los libros legítimos de Nuestra santa Madre» y establecer, en suma, cuáles eran de su autoría y cuáles eran espurios que se le atribuían sin motivo, Francisco de Santa María decidió proceder exactamente de esa manera, examinando todo lo «escrito» que corría bajo el nombre de Teresa de Jesús, así como todos los testimonios existentes de su material «escritura» (Francisco de Santa María: 1644, pág. 872).

Parte principalísima del trabajo del «general historiador» descalzo consistió en ver los originales manuscritos custodiados en San Lorenzo el Real de El Escorial, algo que hizo en dos jornadas, los día 28 de mayo de 1634 y 28 de septiembre de 1641 (*ibidem*). Por supuesto, su pesquisa no ignoró los testimonios tipográficos, empezando por la primera impresión de Guillermo Foquel de *Los libros de la madre Teresa de Jesús fundadora de los monasterios de monjas y frayles Carmelitas descalzas de la primera regla* (Salamanca, 1588) [RB C/116]. Fiel a su compromiso de atender a lo material de la escritura, Francisco de Santa María destaca la diligencia de Foquel, quien asegura era «el mejor oficial que entonces se hallaba en Salamanca» (pág. 874).

Aunque, desde esta perspectiva material de la escritura los mayores elogios se reservan a la edición plantiniana de Balthasar I Moretus de 1630 en tres tomos, que «En la hermosura i gala de la letra i limpieza de la impresión, vence sin comparación las pasadas» (pág. 875). Sin embargo, pese a su diligencia tipográfica, Moreto había incluido «algo apócrifo» en cuanto a lo escrito (*ibidem*).

Se trataba, claro está, de *Las obras de la S. Madre Teresa de Jesús fundadora de la reformation de las descalças i descalços de N. Señora del Carmen. Primera [-tercera] parte*, con pie «En Anvers: En la emprenta plantiniana de Balthasar Moreto, MDCXXX» [RB III/6210-12]. Esta edición, ya de *Las obras* y no de *Los libros* de Teresa, es la que «regularmente se nombra de la Palma» (Antonio de San Joaquín, 1758, VII, pág.176).

Su nombre derivaría de la evocación de la escrituraria palma de Cadés que flanquea a la santa inspirada en la portada calcográfica de los tres tomos de 1630 y sobre cuyo tronco se puede leer el «QVASI / PALMA / EXALTATA / SVM IN / CADES» de *Eclesiástico* 24. Pese a que esta composición anónima no sea de especial relieve artístico, en especial si se compara con las grandes invenciones rubensianas de esa misma década (Imhof y Bowen, 1996), merece la pena destacar que el diseño plantiniano tuvo una larga fortuna. De un lado, se mantuvo en las ediciones de *Las obras* de Amberes de 1649 y 1661, así como en otras impresiones que las imitan, como la lisboeta de António Alvares de 1654, tan desaliñadamente atractiva. De otro, sus ecos llegan hasta la lámina de complicada iconografía grabada por Sanz que abre *La muger grande* de fray Manuel de Santo Tomás, Traggia, (Madrid: 1807) y que encamina la andadura de Teresa hacia la España de las Cortes de Cádiz.

La edición antuerpiense nombrada de la Palma se realizó al amparo de un privilegio de Felipe IV como soberano de los Países Bajos (Bruselas, 26 de julio de

A V I S O S



1630) por el que se «permitió a Balthasar Moreto imprimir *Las Obras de la S. Madre TERESA DE IESVS Fundadora de la Reformation de las Descalças y Descalços de nuestra Señora del Carmen* y defendió a cualesquier impressores imprimir las dichas Obras, o venderlas de otra impresión que del dicho Moreto, en estos sus Estados, por el tiempo de ocho años». La empresa editorial, como el mismo Moretus reconoce en su dedicatoria al «Duque Conde de Olivares» (Amberes, 1 de julio de 1630), se había debido a una iniciativa de Gaspar de Guzmán y Pimentel.

El propio editor dice que había dado comienzo cuando «por carta de V.E. escrita al Sor. Cardenal de la Cueva [Alfonso de la Cueva y Benavides], vino a mi noticia el grande gusto que V.E. tendría de ver las Obras de la S. Madre Teresa de Iesús impressas en tres tomos, en mejor forma y letra que hasta aquí corrían». Baltasar I Moretus continúa exponiendo que «en cumplimiento deste su buen desseo de V.E. busqué todas las [obras] que se hallauan impressas en diuersos lugares de España: y después diuidiéndolas, según la materia, entre tres partes, las he hecho estampar». En suma, habiendo satisfecho el «grande gusto» de Olivares, le rogaba que recibiera los volúmenes «debajo de su amparo y protección, alegando por título el ser, como es, la santa Patrona y Protectora de V.E. y sus acciones, encaminadas al mayor seruicio de las dos Magestades, Divina, y Humana».

Según recoge Francisco de Santa María en su antes citada *Reforma de los descalços de Nuestra Señora del Carmen*, María Pimentel de Fonseca, madre de Gaspar de Guzmán, habría sido curada milagrosamente por intervención de la santa, «y este milagro deve ser, entre otras, la causa de la devoción que a la Santa tiene este Eccelentissimo Señor» (pág. 365). A este respecto, John H. Elliott recuerda, oportunamente, que el Conde Duque fue propietario de la reliquia del corazón de Teresa guarnecido de diamantes (Elliott, 1990, 32) y, de otro lado, en los inventarios de la temprana *bibliotheca selecta* de Olivares es posible encontrar varios asientos, manuscritos e impresos, relacionados con la abulense (*The library of the Count-Duke of Olivares: a mirror of power, patronage, and Baroque culture in Golden-Age Spain*, University of Nottingham, <http://www.nottingham.ac.uk/~aszoli/index.html>). Por todo ello, no sorprende que el empeño del Conde Duque por la promoción del culto de la Madre llegase a ser verdaderamente notable.

Sin duda, alcanzó su apogeo con la obtención del breve de 1627 por el que Urbano VIII declaraba el copatronato de Teresa y Santiago *in universa Hispaniarum regna* a instancia de la Monarquía. Tal iniciativa había partido de las Cortes de Castilla aún antes de la canonización de la santa decretada en 1622 y el aliento de Olivares para llevarla a buen término fue, conviene recalcarlo, expreso y continuado (Rowe, 2011; Thompson, 2008). Por tanto, no sorprende que la devoción teresiana de Gaspar de Guzmán le llevara a promover la edición plantiniana de 1630, que le está dedicada, cuando, precisamente, el recientemente conseguido apoyo pontificio al copatronato de Teresa entraba en crisis en beneficio del apóstol Santiago (Alabrús y García Cárcel, 2015).

La vinculación con el Conde Duque de Olivares, además, se proclama visualmente en la misma portada de la edición de *Las obras*. En ella, haciendo pareja con el escudo carmelita, que se coloca al pie de la palma de Cadés, se incluía el blasón heráldico de don Gaspar de Guzmán. Sobre este, descansaba un olivo que, flanqueando por la izquierda a la santa que escribe con inspiración del Espíritu Santo, lleva una filacteria con la inscripción «SICVT OLIVA / FRVCTIFERA / IN DOMO / DOMINI» tomada del *Libro de los salmos* 52 (51).

Con el escudo del de Guzmán a su pie, el olivo palmariamente proclamaba la vinculación de la edición de *Las obras* a Olivares. Por otra parte, ese mismo salmo aparece vinculado con el valido de Felipe IV en el retrato del Conde Duque «ex Archetypo Velazquez» que Hermann Panneels grabó en Madrid para la *Ilustración del renombre de grande* de Juan Antonio de Tapia y Robles de 1638 [RB VI/1966]. Además, Balthasar Moretus no dejó de evocar el versículo del salmo cuando en su epístola se despedía del dedicatario de *Las obras* diciendo que «La Santa Madre, que como oliua fructificó en el palacio de Dios, prospere las acciones de V.E.».

En las ediciones plantinianas de 1649 y 1661, que vuelven a estampar la plancha de Teresa entre palma y olivo de 1630, las armas del Conde Duque han sido convenientemente eliminadas, retallándose sobre él un segundo escudo carmelitano. Aunque la memoria de la devoción que don Gaspar profesaba por la Madre siempre se ha mantenido en la literatura teresiana y siempre se menciona al recordar esta edición plantiniana, curiosamente parecen haber desaparecido los ecos del olivo y de las armas del Guzmán en la portada de la edición que «regularmente se nombra de la Palma».

Más allá de lo que indica la dedicatoria de Moretus, no ha sido posible establecer documentalmente cuál fue el papel jugado por Olivares en la edición antuerpiense de 1630: si la casa amberina se limitó a satisfacer los deseos y el gusto del entonces poderoso valido sin más o si don Gaspar participó, y en qué forma lo hizo, en la financiación material de la impresión. Es indudable que el privilegio bruselense de 26 de julio de 1630 se concede a nombre de Balthasar I Moretus, sin que haya mención alguna en él a Olivares. No obstante, la inclusión de la dedicatoria al Conde Duque y la elocuente referencia heráldica y simbólica a su protección en la portada calcográfica hablarían a favor de una intervención posiblemente mayor. Un hasta ahora inadvertido asiento de uno de los *Libros de justicia* de las escribanías de cámara de Felipe IV podría ayudar a esclarecer la situación.

Apenas un año después de que se firmase el privilegio a Moretus, que solo era para los Países Bajos, el Conde Duque de Olivares recibía licencia real para que pudiera «meter en estos Reynos veynte valas de libros intitulados de la Santa Theressa de Ihesús y venderse en ellos, que se han impresso en los estados de Flandes» (Madrid, 25 de julio de 1631, AHN, Consejos, Libro 647, f. 128r.). Obviamente, el asiento hace referencia a la citada edición antuerpiense de *Las obras de la S. Madre Teresa*

y, de hecho, debería considerarse una carta de privilegio para la introducción y venta de ejemplares de la edición amberina en Castilla.

Como se sabe, la importación de libros que hubieran sido impresos en otro dominio jurisdiccional de la Monarquía requería la obtención de una nueva licencia real si se pretendía comercializarlos en Castilla. Por ejemplo, en 1616 y siempre en el ámbito de los impresos teresianos, el librero Miguel de Sandi presentó un memorial al Consejo Real por el que le hacía saber que «estando en la ciudad de Lisboa a negocios que en ella tenía compré el libro de que hago presentación intitulado vida de la Santa Madre Teresa de Jesús compuesto por fray diego de Yepes» y ahora rogaba «mande darme licencia para lo poder vender y tasa del precio como es costumbre [...] atento ni más ni menos que el dicho libro a sido otra vez impreso» (AHN, Consejos, Legajo 45555).

El resultado de este expediente de las escribanías de cámara de Felipe IV fue que el encomendero Melchor de Molina concedió a Sandi la «licencia para que le pueda vender». De esta forma, le quedaba franco el comercio de los ejemplares de la *Vida, virtudes y milagros de la bienaventurada Virgen Teresa de Jesús, Madre y Fundadora de la nueva Reformation de la Orden de los Descalços y Descalças de nuestra Señora del Carmen* de Diego de Yepes que se habían impreso «En Lisboa: en la officina de Pedro Crasbeeck, 1616».

A la luz de la antes citada licencia real de 25 de julio de 1631, podría imaginarse que Olivares participó económicamente costeando la edición de Moretus, aunque solo fuera mediante el recurso a la compra de las veinte balas de libros de la santa que introducía legalmente en Castilla y a cuya venta podía proceder. La práctica de financiar una impresión mediante el compromiso de adquirir una parte de la tirada no era infrecuente. Por ejemplo, el privilegio por Felipe II de impresión y venta en los Países Bajos de la edición de Johannes Molinaeus del *Decretum* de Ivo de Chartresle fue concedido a Bartholomeus van Grave, que lo había impreso en Lovaina, 1561 [RB III/3627]. No obstante, Gravius había llegado a un acuerdo con Bernardo de Fresneda, dedicatario de la impresión, por el cual este se comprometía a la compra de cuatrocientos ejemplares, para los cuales el franciscano solicitó, y obtuvo en 1564, licencia real de importación y privilegio de venta en la Península (Bouza, 2014).

Sea como fuere, la impresión plantiniana de 1630 sirvió para la difusión internacional del conjunto de los escritos de Teresa de Jesús en su propia lengua. Los circuitos europeos del mercado de libros dieron cuenta con relativa prontitud de la novedad y, así, en el *Catalogus librorum Lugduni, Parisiis, necnon in Italia, Germania, Belgio, & Hispania excusorum* que «venales habentur» en la tienda lyonesa de Gabriel Boissat (Lugduni, 1635), se podían encontrar las «Obras de la S. Madre Teresa» (p. 119), junto a un «S. Theresae opera omnia 4» (p. 97).

Estos cabría identificarlos con los *Opera S. Matris Theresae de Jesu, carmelitarum discalceatorum et discalceatarum fundatricis in duas partes distincta studio et opera Mathiae Martineꝝ Middelburgii* [Mathias Martínez van Waucquier], *ex hispanico sermone in latinum conversa* (Coloniae Agrippinae: apud Ioannem Kinckium, 1626-1627). El asiento «Obras de la S. Madre Teresa» en el catálogo de Boissat remite claramente a la edición plantiniana de Balthasar I Moretus de 1630 y no a otras ediciones que corrían entonces, como la madrileña de la Viuda de Luis Sánchez, cuya licencia de impresión, sin privilegio, era de Alonso Pérez de Montalbán de 1627, ni la también madrileña de Francisco Martínez de 1635, cuya licencia, también sin privilegio, había sido concedida a fray Luis de San Buenaventura, procurador general de la orden del Carmen descalzo, y que había sido costeadada por Domingo de Palacio y Villegas. En ambos casos, se titulan, como la *princeps* de Foquel, *Los libros de la Santa Madre Teresa de Jesús*.

La edición de Mathias Martínez van Waucquier y de Johann Kinckius estaba dedicada al noble Stanislaw Lubomirski de Wisnicz, protector de la reforma carmelita teresiana en Polonia. La otra impresión de la escritura y de los escritos de Teresa que se podía comprar en el gran centro del comercio del libro europeo en 1635 era la que «regularmente se nombra de la Palma», pero que también era la de la Oliva del Conde Duque Gaspar de Guzmán.

REFERENCIAS

- ALABRÚS, Rosa, y Ricardo GARCÍA CÁRCCEL, *Teresa de Jesús. La construcción de la santidad femenina*, Madrid, Cátedra, 2015.
- ANTONIO DE SAN JOAQUÍN, *Año Teresiano. Diario-histórico, panegírico-moral, en que se describen las virtudes, sucessos, y maravillas de la seráphica y mística doctora Sta. Teresa de Jesús, assignadas a todos los días de los meses en que sucedieron [...] Tomo séptimo*, Madrid, Viuda de Joseph de Orga, 1758.
- BOUZA, Fernando, «Costeadores de impresiones y mercado de ediciones religiosas en la alta Edad Moderna ibérica», en *Cuadernos de Historia Moderna. Anejo XIII*, Federico Palomo (ed.), *La memoria del mundo: clero, erudición y cultura escrita en el mundo ibérico (ss. XVI-XVIII)*, 2014, p. 29-48.
- ELLIOTT, John H., *El Conde-Duque de Olivares. El político en una época de decadencia*, Barcelona, Crítica, 1990.
- FRANCISCO DE SANTA MARÍA, *Reforma de los descalços de Nuestra Señora del Carmen de la primitiva observancia hecha por Santa Teresa de Jesús [...] Tomo primero*, Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1644.
- IMHOF, Dirk, y Karen Lee BOWEN, *The illustration of books published by the Moretuses: [on the occasion of the exhibition in the Plantin-Moretus Museum of Antwerp, 19 October 1996 - 17 January 1997]*, Antwerp, Plantin-Moretus Museum, 1996.

ROWE, Erin K. *Saint and Nation. Santiago, Teresa of Avila and plural identities in early Modern Spain*, University Park (Penn.), The Pennsylvania State University Press, 2011.

THOMPSON, Irving A.A., «La cuestión de la autoridad en la controversia sobre el Patronato de santa Teresa de Jesús», en Francisco José Aranda y José Damião Rodrigues (eds.), *De re publica Hispaniae. Una vindicación de la cultura política en los reinos ibéricos de la primera modernidad*, Madrid, Sílex, 2008, p. 293-320.

Isabelle de CONIHOUT
ON TEN NEW GROLIERS, JEAN GROLIER'S FIRST LIBRARY
AND HIS OWNERSHIP MARKS BEFORE 1540. New York, The Grolier Club, 2013

De entre los bibliófilos renacentistas, el que más fascinación e impacto ha causado en los tiempos contemporáneos, a su vez a los más destacados bibliófilos, ha sido Jean Grolier de Servières, vizconde d'Aguisy (ca. 1489/90-1565). Perteneciente a la alta mesocracia administrativa de servicio real a la Corona de Francia, pronto alcanzó la distinción propia de los espíritus cultivados gracias a su amor por los libros y a las bellas encuadernaciones, manifestado en su célebre librería, cuyos ejemplares van vestidos de modo tan distintivo que han dado nombre a un estilo ligatorio.

Gracias a esta bibliofilia de leyenda se dio su nombre al club bibliofílico más antiguo de los Estados Unidos, el Grolier Club, creado en enero de 1884 y que edita el presente estudio con un cuidado excelso, emulando la belleza de los ejemplares del lionés. Desde su fundación, el Grolier Club de Nueva York ha prestado notable atención a las artes de la producción del libro, y se ha centrado especialmente en la puesta en página de sus publicaciones, por lo que no es de extrañar la elegancia aplicada a la presente contribución de Isabelle Conihout.

Ya en 1892, William Loring Andrews, entonces presidente del Grolier Club (1888-1892), publicó una exquisita aproximación al bibliófilo francés y su biblioteca: *Jean Grolier de Servier, viscount d'Aguisy. Some account of his life and his famous library*. Fue una tirada exigua, de 140 copias sobre papel hecho a mano, para los socios del propio club. La Real Biblioteca tiene la fortuna de contar entre sus fondos con un ejemplar gracias a la colección Lameyer (RB XIV/CL/59), especializada en historia de la encuadernación. Al trabajo de Loring le precedía una aportación más exhaustiva al conocimiento del tesorero real y su selecta biblioteca, tan rica en ediciones aldinas como se sabe, a cargo de Le Roux de Lincy. El año de 1866 publicó en París un grueso volumen de casi quinientas y sobre magnífico papel, *Recherches sur Jean Grolier, sur sa vie et sa bibliothèque* (RB XIV/CL/104), que dedicó a los bibliófilos franceses. Consciente del relieve de esta obra fundamental, el Grolier Club la editó en inglés, en Nueva York, en 1907.

Con solo estas dos menciones queremos subrayar que los estudios grolierianos cuentan con una venerable tradición y, por ello, hacer nuevas aportaciones significativas tiene especial mérito, caso de la realizada por Conihout. Precisamente, el empeño más apreciable de los estudiosos a través del tiempo se ha centrado en localizar nuevas piezas de esta procedencia. Baste indicar que Roux de Lincy recoge 349 asientos de libros identificados como ejemplares de Grolier cuando en la actualidad se estima el conjunto que ha llegado hasta nosotros en más de medio millar. El apéndice documental del volumen de Roux tiene más de un centenar de páginas pero, justamente, por este especial interés en localizar los ejemplares del lionés, se incorpora un repertorio de bibliotecas que los conservaban entonces, o de catálogos de bibliotecas que los citaban, aunque fuera tan solo uno de ellos. Desde entonces, cada nuevo volumen *grolier* que es localizado se comunica no sin alborozo por parte del descubridor del paradero: ya L. Clément de Ris, se enorgulleció de ello en su «Notice sur deux volumes de Jean Grolier», en la revista *Le livre* (1880, 103-106). Con el paso del tiempo, se han ido haciendo más excepcionales las nuevas localizaciones. Las grandes bibliotecas, conscientes de lo singular de las piezas grolierianas que custodian, han realizado muestras expositivas. La más representativa de ellas es la de la Bibliothèque Nationale de France, donde se conserva el fondo más extenso de *Groliers*, con ochenta y seis ejemplares, setenta y cinco de los cuales conservan las célebres encuadernaciones que identifican la librería del lionés. Con ocasión de la visita de los miembros del Grolier Club a la «Réserve des livres rares» de la BNF se realizó un catálogo que contiene cincuenta piezas selectas de esta procedencia, a cargo de Fabienne Le Bars (*Jean Grolier à la Bibliothèque Nationale de France... Paris, 2012*), catálogo que se ocupó de editar, cómo no, el propio Grolier Club con el buen gusto habitual. En tiempos actuales, han sido esclarecedoras las dos contribuciones de Anthony R.A. Hobson, *Humanists and Bookbinders: the origins and diffusion of the humanistic bookbinding, 1459-1559* (Cambridge, UP, 1989) y más por extenso con su imprescindible *Renaissance Book Collecting: Jean Grolier and Diego Hurtado de Mendoza, their books and bindings* (Cambridge, UP, 1999; reseñado en *Avisos*, núm. 20, enero-marzo 2000).

El medio millar de piezas conservadas hoy es, evidentemente, tan solo una parte de la librería. Jean de La Caille estimó muy avanzado el siglo XVII, en su *Histoire de l'imprimerie et de la librairie* (París, 1689), que la biblioteca de Grolier alcanzaba los tres mil volúmenes, cifra tal vez exagerada, pero, en cualquier caso, indicativa de que la suya fue una de las librerías particulares más notables de su tiempo y en la cual la huella de la cultura italiana, la más notable de Europa en esa época, estaba muy presente. Como heredero de su padre en la tesorería general del ducado de Milán, Jean Grolier tuvo pronto un contacto estre-

cho con la cultura italiana y especialmente veneciana. No olvidemos tampoco que su propia familia era originaria de Verona ni que su preceptor fue el humanista boloñés Gaspare Mazzoli.

En su primera biblioteca se reconocen, por tanto, las huellas de un periodo italiano derivado de su estancia en la península, que abandonará en marzo de 1522. Es la época de su gusto por la poesía y la historia de la Antigüedad grecolatina y de su contacto, que le marcará decisivamente, con la imprenta de Aldo Manuzio. Las encuadernaciones de este periodo, realizadas en Italia, se caracterizan por una ancha orla dorada rectangular dentro de cuádruple fileteado, rematado con florones dorados y otros hierros dorados sueltos en plano, pero, sobre todo, por las *plaquettes* centrales, circulares y policromadas, con motivos de la Antigüedad. Este uso de *plaquettes* parlantes será clásico en las bibliotecas humanistas de grandes próceres estantes en Venecia y en otras grandes urbes italianas, caso de la de Diego Hurtado de Mendoza (embajador ante la Signoria veneciana entre 1540-1546).

Desde 1520 a 1532 los especialistas reconocen un primer periodo parisino de formación de la biblioteca de Grolier. Las encuadernaciones correspondientes a este periodo recurren a orlas doradas cuadrangulares, a veces dobles, enmarcadas en filetes más ligeros y con los hierros dorados en remate de ángulos; se desecha el resto de hierros sueltos dorados anteriores. Es el momento del llamado encuadernador de Bayeux, o el de Geoffroy de Tory, muerto en 1533, también impresor y diseñador de tipos de imprenta, además de otros no identificados. Se mantiene el exlibris manuscrito, a veces junto al colofón, en otras ocasiones en los contraplanos. Hacia 1532 se inicia el segundo periodo parisino, que abandona las orlas doradas y da lugar a la característica combinación de formas geométricas y circulares en filetes dorados y en seco, como muestra el número 6 del catálogo de Fabienne Le Bars, sobre un libro impreso en 1528 en Burgos, *El Desafío de los Reyes de Francia y Inglaterra...*

Desde 1538 y hasta la muerte del coleccionista, en 1565, se habla de un nuevo periodo en la biblioteca. Los filetes en seco dan paso casi exclusivo a los dorados, las composiciones florales son muy elegantes y delicadas y hay artísticas borduras compositivas en los planos. Los talleres ligatorios ya están muy identificados: el de la flor de lis —usada en los ángulos sobre todo—, o el de Jean Picard en los años cuarenta, que suele situar en cartucho central el autor y título; se sienta definitivamente el uso de las borduras geométricas abrigando las delicadas composiciones florales, que en ocasiones son polilobuladas. Desde finales de los años treinta, al pie del plano anterior, suele figurar el distintivo «Do. Grolierii et amicorum». La puesta en plano se hace más compleja en lo que corresponde a la combinación de las composiciones florales y las borduras geométricas. Estas, incluso, a veces llegan a ser pintadas (núm. 34-36 de Le Bars) o muy profundas (núm. 33 y 37-38 de Le Bars). Otros talleres representados en la librería son los de *l'Arc de Cupidon* (1547-1555), el de *l'Esopé de Mahieu* (1555-1560) y el llamado «dernier relief» de Grolier, entre 1555 y 1565, que usa dorado para los vanos entre borduras y composiciones florales, en un aire muy oriental. El *marroquén* del primer periodo, el italiano, se recupera en esta larga etapa postrera y la factura de ejecución es cada vez más elaborada y fina, lo cual no extraña al comprobar que trabajan para él encuadernadores reales como Gomar Estienne (1547-1556) y luego Claude Picques (1556-1560).

Una vez vista la trayectoria de formación de la biblioteca grolieriana en sus fases ligatorias, debemos valorar la significación de la novedad científica que supone el trabajo de Isabelle Conihout, teniendo presente que la gran aportación anterior en el tiempo es la referida de Hobson (1999). Hobson fue director de Sotheby's y presidente de la Association Internationale de Bibliophilie y antes tuvo diferentes cargos en las grandes bibliotecas de las universidades de Cambridge, Oxford y Pennsylvania. De modo semejante, Conihout ha trabajado durante años en la Bibliothèque Mazarine, la biblioteca pública más antigua de Francia, y actualmente dirige el departamento de libro antiguo de Christie's en París. Sin duda, por su trayectoria y publicaciones, es una de las especialistas que mejor conocen la producción ligatoria renacentista, y de un modo muy singular la francesa, por lo que no extraña que el 25 de enero de 2012 fuera invitada por el Grolier Club neoyorkino para dar a conocer a la comunidad internacional nada menos que diez nuevos *Groliers* con marcas de propiedad anteriores a 1540. Fruto de esa intervención señalada es el impreso que ha dado lugar a la presente reseña y que, por sí mismo, es objeto de bibliofilia por su bellísima factura. Gracias al Mary Young Fund, establecido en 2012 en honor de la que fue miembro del Grolier Club, Mary K. Young, se ha podido hacer el alarde: las cubiertas reproducen los filetes en seco de uno de los *Groliers* localizados; en dorado luce el exlibris manuscrito del gran bibliófilo; sobre papel crema verjurado se enmarca, en filetes en tinta roja, el cuerpo del texto, al modo de los impresos aldinos *réglé*, y en la parte inferior de la página van las notas, asimismo enmarcadas. Los pimentillos tipográficos en tinta roja son un recurso frecuente para destacar algunos contenidos. La tipografía *garamond premier* empleada en la composición fue diseñada por Jerry Kelly. El texto alcanza las 30 páginas con 80 notas —se recoge la bibliografía grolieriana *in toto* en la nota 2— y las reproducciones fotográficas (pág. 33-61) se han impreso sobre papel blanco de especial apresto. No solo se reproducen planos y lomerías sino cortes o interiores de las piezas, iluminados en ocasiones.

El texto de Conihout aborda los nuevos *Groliers* de manera no meramente descriptiva, sino a través del cotejo de determinados aspectos de cada pieza con otras identificadas y aceptadas como grolierianas, a fin de obtener conclusiones distintivas. Se inicia el recuento con dos que ofrecen encuadernaciones italianas, localizadas en Saint-Mihiel y en Poitiers. En la biblioteca benedictina de Saint-Mihiel se hallan unas *Opera* de Cicerón impresas en Milán en 1498-99 con las armas heráldicas del bibliófilo (tres estrellas sobre tres bezantes en campo de azul). El estilo de los planos es el referido líneas arriba de orlas doradas cuadrangulares. Conihout lo atribuye al «Roman style binder». Ofrece cortes pintados con motivos de inspiración vegetal, no muy frecuentes en las piezas de Grolier. El segundo que se comenta, el de la biblioteca municipal de Poitiers, es una

edición aldina de Theodorus Gaza, *Grammatica introductiva*, de 1495, vestida con una encuadernación de plaqueta. En el plano anterior hay orla cuadrangular y dentro una romboidal que abriga la *plaquette* pintada. No lleva marcas de posesión grolierianas por lo que es dudosa la adjudicación. Es singular que también tenga los cortes pintados, más elaborados que en el caso anterior, al igual que los presentes en otro nuevo *Grolier*, también localizado en Poitiers, el *Thesaurus cornucopiae* en edición aldina de 1496, un ejemplar de procedencia grolieriana segura para Conihout. En vez de *plaquette* pintada ostenta un gran florón dorado dentro de rombo en seco, a pesar de ser obra del «*plaquette binder*». Estos ejemplares no son recogidos por Austin, autor del repertorio-base de piezas grolierianas localizadas hasta 1971, bastante completo por otra parte (Gabriel Austin, *The Library of Jean Grolier. A preliminary Catalogue*. New York, The Grolier Club, 1971).

La tercera nueva pieza es un *Dante Alighieri fiorentino historiado* impreso en Venecia por Bartholomeo de Zanni en 1507. Austin (núm. 156) lo recoge como dudoso pero Conihout lo identifica como procedente del «*Roman style binder*». Se halla en la Eton College Library. Tiene los cortes dorados y cincelados y lleva en planos las mismas pequeñas flores que el Cicerón referido. Otro, el cuarto, es asimismo un *Dante*. se trata de un ejemplar de la edición ilustrada de 1481, la denominada Baldini-Botticelli por los especilistas en Dante, que hace décadas se conservaba en la Count Naselli Feo's Collection y cuyo parade-ro actual se desconoce. Basándose en la reproducción que hizo en su día Tammara de Marinis, Conihout lo asocia a los libros anteriormente mencionados y atribuye su encuadernación al «*Roman style binder*».

El resto de los nuevos *Groliers* identificados por Conihout tienen marca heráldica. El primero —que hace el quinto en el recuento de este repertorio— es muy singular pues se trata de la única encuadernación realizada en Francia antes de la partida del bibliófilo para Italia, en 1509. Es un *Catulo* (Lyon, ca. 1502) salido del taller del encuadernador real de Luis XII y lleva al pie del primer folio el escudo de Grolier, con el primer *motto* que empleó, el «*Sans varier*». Tanto este lema como el *ex libris* se repiten en los cortes del ejemplar. Lamentablemente, se conserva solo parte de los planos originales y se hizo una restauración moderna bastante defectuosa. El ejemplar pertenece a la Biblioteca Nazionale de Roma.

El sexto es una edición de Plinio el Viejo, *Historia naturalis* (Venecia, Benalius, 1497), con el mismo escudo y *motto* que el ejemplar de *Catulo*. El volumen, que abunda en anotaciones autógrafas de Grolier, se conserva en la Biblioteca Interuniversitaria de Medicina de París.

Un Lucrecio aldino es el séptimo, de 1515, realizado por el «*Fleur-de-lis binder*», y se halla en la Bibliothèque municipale de Dijon. Luce finas composiciones florales y en los ángulos e interior del cartucho del título vemos las características lises de este maestro encuadernador.

El recuento se completa con un Plutarco impreso en Brescia en 1524 (núm. 8), cuyas cubiertas fueron ejecutadas en el taller de Jean Picard. Se conserva en la National Library de Edimburgo. Un Erasmo, impreso en Basilea en 1531 en la oficina tipográfica de J. Hervagii, *Epistolarum floridam liber unus* (núm. 9). Fue encuadernado por el llamado «*Wittukind binder*» y pertenece a la Bibliothèque Municipale de Nancy. Viste una encuadernación del último período de la primera etapa o biblioteca parisina, con dos anchas orlas doradas, cuadrangulares, de las que la interna remata en los ángulos exteriores con hierros florales. Como en el caso de los ejemplares anteriores, tampoco aparece referenciado en el repertorio de Austin otro título perteneciente a Grolier que tiene la singularidad de ser manuscrito. Se trata de un códice de la Biblioteca Vaticana, el ms. 1454, de Manuel Chrysoloras, *Laudatio urbis Romae et Constantinopolis*, en una copia de Francisco Aleardo (núm. 10). A esta decena de ejemplares debe sumarse un último impreso citado por Conihout (p. 30), que ofrecería otra encuadernación de Picard, vendido en una subasta en Montluçon: se trata de un Quintiliano de Aldo, de 1521, que ha ido a parar a una relevante colección norteamericana de encuadernaciones francesas.

El repertorio de estos nuevos ejemplares de Grolier identificados por Conihout, se completa con un análisis específico de los *exlibris* y los *motti* manuscritos empleados por el bibliófilo en distintas épocas (págs. 21-25). Por último, la autora aborda la presencia de estas marcas de procedencia cuando aparecen grabadas sobre las cubiertas en las encuadernaciones francesas, especialmente en las correspondientes a la segunda etapa de la biblioteca grolieriana (págs. 26-30).

En conclusión, se trata de una aportación sustantiva que va más allá de engrosar el censo de procedencias de Grolier, por las novedades que ofrece, para completar nuestro conocimiento de una de las bibliotecas renacentistas más emblemáticas no solo para los eruditos, bibliófilos y coleccionistas, sino para la tradición de los estudios de historia de la encuadernación europea altomoderna.

EN BIBLIOTHECA GONDOMARIENSI

LA INQUISICIÓN Y EL INVENTARIO DE LA BIBLIOTECA DE GONDOMAR DE 1769

Ana SÁEZ-HIDALGO

Universidad de Valladolid

Dos son las características que distinguen la biblioteca que reunió Diego Sarmiento de Acuña, Conde de Gondomar, en la Casa del Sol de Valladolid. En primer lugar, su riqueza cuantitativa y cualitativa —especialmente la «curiosidad» de algunos de sus títulos—, resultado de lo que su bibliotecario Étienne Eussem concibió como «une bibliothèque fort complète pour un grand seigneur» [RB II/2134, 94 (1619/01/16)]. En segundo lugar, el número de veces que fue inventariada, tanto en vida del Conde, como tras su muerte, una práctica que se prolongó casi siglo y medio después de dicho fallecimiento. Parte de

este afán catalogador se debe, sin duda, al propio celo bibliófilo de Gondomar y de sus asesores. Sin embargo, el origen de los inventarios realizados durante el siglo XVIII es algo menos evidente: del de 1775 (RB II/2619) únicamente se sabe que fue obra de Diego de Arratia, administrador del VI Conde Gondomar, mientras que el de 1769 (RB II/2618) indica lacónicamente que «se formó para el arreglo de los libros». Ian Michael y José Antonio Ahijado sugirieron que este último inventario podría haberse elaborado en el proceso de reorganización de las salas de la biblioteca, reducidas de cuatro a tres, ya que el número de libros listados en la última estancia de la biblioteca es muy exiguo [Michael & Ahijado 1996]. No obstante, podría haber otros motivos que justifiquen la redacción del inventario de 1769.

El Archivo Histórico Nacional guarda, entre la escasa documentación subsistente del Tribunal de la Inquisición vallisoletana, un expediente que podría arrojar luz sobre el origen del inventario de 1769, cuyo título reza: «Expediente sobre el reconocimiento de la Librería, que el Marqués de Mancera y Malpica tiene en dicha ciudad». Los ocho documentos que contiene dan cuenta de cómo se desarrolló el único intento de examen de la biblioteca en el setecientos por parte del Santo Oficio del que tenemos noticia. En junio de 1769, don Joaquín María Pimentel y Toledo, a la sazón Marqués de Mancera y Malpica y VI Conde Gondomar, se dirige a la Inquisición de Valladolid, indicando los motivos de su misiva: «haviendo remitido al Ilmo. señor Inquisidor General el Imbentario que he mandado formar de todos los libros de dicha Librería de la Casa del Sol de esta Ciudad, para su reconocimiento, y [para] cancelar los que tenga prohibidos, me dize... no lo puede practicar por sus muchas ocupaciones, pero que dara orden a V. S., y para que pueda executar con la promptitud que deseo». Con este fin, el Marqués dejó una copia del inventario a su procurador en la Chancillería de Valladolid, Bernardo de Leca, para que «queden expurgados los dichos Libros, y que se puedan leer los que queden con franquiza».

El tribunal de la Inquisición de Valladolid buscó a aquellos que consideraba podían ser más idóneos para la labor por su conocimiento de idiomas: Alonso Olibares, religioso del monasterio de San Benito, y Joseph Shepherd, sacerdote del Colegio de San Albano. Alonso Olibares tenía una formación en teología, y conocía las lenguas francesa y griega, que aprendió en el monasterio maurista de Daurade de Toulouse. El año anterior a recibir el encargo inquisitorial había publicado su primer libro, una traducción del francés (Vicent Thuillier, *Historia de la disputa sobre cuál o quién sea el verdadero autor de la Imitación de Cristo*, Valladolid, 1768); unos años después, llegaría a ser abad de San Benito de Valladolid [Zaragoza i Pascual 2003, 255]. Joseph Shepherd era vicerrector del Seminario de Ingleses de esta ciudad, fundado en 1589 durante la persecución de los católicos en Inglaterra, y refundado en 1768, tras la expulsión de los jesuitas, quienes lo habían dirigido hasta entonces. Sin duda, la elección de Shepherd venía motivada no solo por su papel como maestro de Teología, sino principalmente por la necesidad de contar con alguien que pudiera leer las obras en inglés de la biblioteca de la Casa del Sol.

El expediente da cuenta de cómo ambos aceptaron el encargo casi de inmediato, probablemente sin tomar en cuenta la sugerencia de «pasar a dar una primera vista a la citada Librería, a fin de enterarse por encima de la obra, y trabajo». En cualquier caso, tras aceptar el encargo, se enviaron a Olibares los «quadernos del Indice de la Librería» en primer lugar, y posteriormente se le harían llegar a Shepherd. El informe inquisitorial deja claro que se trata de la misma copia del inventario: «Habiendolos vuelto el Maestro Olivares [22-septiembre], se remitieron en 25 de dicho mes a don Joseph Shepherd [sic]». También el inglés devolvería el inventario en cuestión de días. Tanto uno como otro, al ver el listado completo de los libros de la Casa del Sol, advirtieron la dimensión de la labor encomendada y, como conjetura Shepherd, comprobar los libros con los expurgatorios «ha de ser una obra que ha de durar dos o tres años...». El vicerrector de San Albano renunció a la encomienda —a pesar de sus inclinaciones bibliófilas—, probablemente también debido a las arduas labores de renovación administrativa, organizativa y educativa del Seminario de Ingleses, y especialmente porque el rector del Colegio tuvo que trasladarse a Madrid unos meses antes, dejándole al cargo de las responsabilidades *in situ* [Williams 1986].

Olibares, por su parte, tras calificar el reconocimiento de la biblioteca como «obra de romanos», da muestras de cierta familiaridad con este tipo de escrutinio de bibliotecas al detallar motivos más técnicos de las dificultades que supone la labor, especialmente algunas carencias del inventario, como el no tener orden alfabético, la falta de referencias a anteriores intervenciones del Santo Oficio en los libros, deficiencias en la identificación de autores y lugar de impresión —algo que también Ramírez de Alamanzón señalaría unos años más tarde cuando acudió a tasar la librería por comisión de Carlos IV [Avisos, núm. 66]—. Olibares concluye su misiva con unos consejos para acometer este tipo de trabajo: «seria bueno que el Señor Marques asalariase un par de Bibliothecarios que hiciesen un Indice Alphabetico, y siendo habiles en las lenguas... entre muchos pudiesen hacer lo que ahora desea».

El expediente donde se recogen estos documentos viene precedido de lo que podría considerarse el informe final, de diciembre de 1769, que resume cómo ha transcurrido todo el proceso, y, en tono claudicante, concluye que no conoce «otros sugetto [sic] con igual intelijencia en algunas lenguas, y que aunque los ubiese, formamos dictamen tendriamos en ello un semejante sucesos». No se menciona si el Marqués de Mancera y Malpica persistió en su intento de que se inspeccionase la biblioteca. Lo que sí ha llegado hasta nosotros, sin embargo, es un inventario fechado en el mismo año de estos acontecimientos, el «Yndice de la librería que en la Casa del Sol de la ciudad de Valladolid tiene el Excelentísimo Señor Duque de Medina de Rioseco, Marqués de Malpica» (RB II/2618).

Como ya hemos visto, esta es toda la información que precede al inventario, sin otra indicación de su origen. Aun así, existen varios indicios, además de la fecha, que podrían hacer pensar que este índice de libros es el que mandó realizar el Marqués de Malpica para el reconocimiento inquisitorial. Los datos que proporciona Olibares sobre la carencia de alfabetización, y los

errores de identificación, así como la ausencia de referencias a anteriores intervenciones del Santo Oficio, coinciden plenamente con las características del ms II/2618. Por otro lado, un dato interesante es que la lista de los libros se entregó a Olibares y Shepherd en forma de «quadernos del Índice de la Librería», es decir, sin encuadernar, algo que no era en absoluto inusual. La encuadernación que ostenta el inventario de 1769 actualmente se llevó a cabo al incorporarse a la colección real a principios del siglo XIX, como señala el catálogo de la Real Biblioteca. Pero antes de esta encuadernación el índice pudo haber recibido otra intervención: al examinar el papel del manuscrito se observa que el listado de libros está escrito en un papel diferente al de las hojas de guarda donde figura la signatura de la biblioteca de la Casa del Sol, así como el título del volumen. Esto podría indicar que, una vez devuelto el catálogo y concluido fallidamente el intento de inspección de la biblioteca, el inventario se acabaría incorporando a la misma, para lo cual se le añadieron unas páginas que permitieran identificarlo y localizarlo con la signatura «Sal[a] 2, est[ante] 17, cax[on] 3», el mismo tipo de signatura que aún conservan otros libros de la colección de Gondomar.

Otro aspecto significativo es lo que Pablo Andrés Escapa y José Luis Rodríguez Montederramo [1998, 37-39] denominan «discriminación lingüística»: además de las indicaciones de materias en los estantes y cajones, en dos ocasiones se identifican los libros por su idioma: «Griegos sobre varias materias» y «Hebreos e ingleses». Esta característica del inventario tiene una correspondencia directa con la constante preocupación por los idiomas en el expediente inquisitorial: el conocimiento lingüístico parece ser la principal preocupación a la hora de buscar los encargados de la inspección de los libros, y lo que, tras su renuncia, obstaculizará la empresa. Quizá no sea casual que los elegidos para esta tarea hablaran con fluidez dos de los tres idiomas mencionados en los encabezamientos del índice.

A la vista del expediente inquisitorial, pues, se puede concluir que el inventario de 1769 se realizó a iniciativa del Marqués de Mancera y Malpica, interesado en que el Santo Oficio inspeccionase la biblioteca con el fin de evitar que los ejemplares que guardaba contraviniesen los índices inquisitoriales, una iniciativa similar a la llevada a cabo en tiempos de Gondomar y a su muerte (*Avisos*, núm. 42-44). Sin embargo, dicho reconocimiento no se llegó a consumir, tanto por la envergadura de la empresa, como por las dificultades técnicas que suponía el inventario, un inventario que se devolvió a la Casa del Sol, y fue incorporado a la biblioteca. La misma biblioteca de la que afirma Alonso Olibares: «Ahora veo que no hai, en mi juicio, librería en Valladolid mas numerosa ni de tantos manuscritos, ni que sea tan especial».

REFERENCIAS

- ANDRÉS ESCAPA, Pablo & José Luis RODRÍGUEZ MONTEDERRAMO, «Manuscritos y saberes en la librería del Conde de Gondomar», en *El Libro Antiguo Español IV: coleccionismo y bibliotecas (siglos XV-XVIII)*, Salamanca, Universidad, 1998, págs. 13-81.
- MICHAEL, Ian & José Antonio AHIJADO, «La Casa del Sol: la biblioteca del Conde de Gondomar en 1619-1623 y su dispersión en 1806», en *El libro antiguo español III: El libro en Palacio y otros estudios bibliográficos*, Salamanca-Madrid, Universidad de Salamanca-Patrimonio Nacional, 1996, págs. 185-200.
- WILLIAMS, Michael E., *St. Alban's College Valladolid. Four Centuries of English Catholic Presence in Spain*, London, C. Hurst, 1986.
- ZARAGOZA I PASCUAL, Ernesto, «Abadologio del Monasterio de San Benito el Real de Valladolid (1390-1835)», *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 23 (2003), 203-260.

